

La idea de la Universidad

(II. Temas universitarios tratados en lecciones y ensayos ocasionales)

Autor / Author

NEWMAN, John Henry

Editorial / Publishing company

Ediciones Encuentro. Madrid, 2014. 308 pp.

Tras una peripecia editorial algo triste en sus efectos, y es que el público de habla española no cuenta con una edición completa y homogénea del gran texto del beato Newman, es de agradecer a la editorial Encuentro el esfuerzo por ofrecer al público de habla española esta segunda parte del famoso libro *La idea de la Universidad*.

Tras la primera parte de dicha obra, compuesta por los nueve discursos pronunciados con ocasión de su nombramiento como rector de la naciente Universidad Católica de Dublín entre los meses de mayo y junio de 1852, Newman redactó a lo largo de los seis años siguientes, los textos de esta segunda parte. El subtítulo que el propio autor quiso poner a esta parte aclara su contenido: *Temas universitarios tratados en lecciones y ensayos ocasionales*.

El breve ensayo introductorio permite que el lector se sitúe perfectamente tanto en el momento histórico como en el biográfico, para poder ahondar con provecho en el estudio y lectura de estos documentos. La oportunidad de la edición va a la par del interés que despierta una reflexión urgente hoy. Son muchos los autores y las instancias que tratan de reflexionar sobre la identidad de la Universidad para rescatarla de la crisis en la que anda sumida. A lo largo de sus ocho siglos de historia, la institución universitaria ha tenido que superar numerosas crisis y cambios de todo tipo. Es muy significativo que haya vencido cambios culturales, históricos, políticos, sociales y económicos de todo tipo. Eso da idea de la importancia, fortaleza y necesidad de la institución. Pero por otro lado, hacen falta referentes que se hayan detenido a pensar a fondo en qué misión tiene la Universidad hoy. Aunque las palabras de Newman fueron pronunciadas hace siglo y medio, siguen teniendo plena actualidad y vigencia. Fundamentalmente por dos razones: la primera, porque son pocas las figuras reconocidas del pensamiento filosófico y teológico que han reflexionado sobre esta institución con detenimiento y rigor, más allá de intervenciones ocasionales o circunstanciales. Y segunda, porque el propio Newman vivió en primera persona muchas de las contradicciones y retos que la filosofía y la sociedad modernas incubaban en su interior y que han aflorado con toda radicalidad en esta postmodernidad que vivimos: el papel de la conciencia en la determinación del bien

moral, el reto del conocimiento de la verdad de lo real, la jerarquía y relación entre las ciencias y saberes, el diálogo entre fe y razón, entre ciencia y religión, entre modernidad y tradición, entre progreso técnico, avance científico y desarrollo intelectual.

Ciñéndonos a las diez conferencias que recoge este libro, podemos agruparlas por su temática en tres grandes bloques: las cuatro primeras se ocupan de cuestiones vinculadas con la literatura y las letras y su papel en la formación universitaria; la quinta, sexta, octava y novena afrontan cuestiones relacionadas con la esencia de la vida, la investigación y el quehacer universitarios; y finalmente la séptima y la décima, están dedicadas a las ciencias empíricas (física y medicina).

Hemos encontrado en estas páginas algunas ideas que nos gustaría destacar, aunque, como es obvio, nada sustituye el provecho de leer en su conjunto estos magistrales discursos en los que hay una gran pasión por la Verdad, un esfuerzo por la precisión y el rigor, y finalmente un amor profundo por la Universidad.

La primera conferencia, «Cristianismo y letras» inicia con una afirmación tan clara como provocativa: al inaugurar la Facultad de Filosofía y Letras —o como se llamaba antes, señala, Facultad de Artes— defiende que «los estudios que esta Facultad alberga son casi el objeto directo y el alimento básico del ejercicio intelectual propio de la Universidad. A pesar de la particular conexión que históricamente ha existido entre las instituciones universitarias y ciencias como la Teología, el Derecho y la Medicina, no es despreciable en absoluto el hecho de que la Universidad se base formalmente y viva, con toda vehemencia, de la Facultad de Artes, o Humanidades» (p. 33).

Claro que el Cardenal entiende y defiende la vinculación entre estas cuatro facultades mencionadas como quehacer universitario. Pero sin descuidar cuál es el «alma» que alienta la auténtica vida universitaria. Porque es el alma de la civilización. Newman defiende con claridad, y por lo mismo, con toda incorrección política, que la civilización grecorromana es la civilización por antonomasia, porque es la única en la que se cultivó el estudio de lo esencialmente humano. Que fue lo que a su vez hizo posible que acogiera en su seno, para que la fecundara, el acontecimiento de la Revelación.

Recuerda Newman cómo ya en la Edad Media, con Bacon, hubo un movimiento contra los Clásicos, contra la educación liberal. La seducción del método científico no es nueva: si no fuera por la educación liberal, «el propio Bacon nunca hubiera pensado así. No habría hecho falta recordarle que el progreso de las artes útiles es una cosa y cultivar el espíritu es otra» (p. 46). «En el siglo XIX —dice recordando la ocasión y motivo del discurso—, en un país que lanza su mirada hacia un nuevo mundo y anticipa la era por venir, nos hemos propuesto abrir una escuela dedicada al estudio de la alta literatura y las ciencias o Artes liberales, como un primer paso hacia el establecimiento, sobre cimientos católicos, de una Universidad católica» (p. 47).

Desarrolló estas ideas básicas que apuntó en la conferencia inaugural de la Facultad de Filosofía y Letras, cuatro años después (es el segundo texto que encontramos), cuando se dirigió de nuevo a los miembros de la misma. Entonces expuso con más detenimiento su defensa de la Literatura. Para ello defiende tres tesis en contra de las acusaciones más comunes contra el valor de lo literario: la fatuidad de los adornos en el uso del idioma; la perversión de las traducciones y la superioridad de la Biblia sobre estos problemas. Su conclusión es nítida: «podemos tener la seguridad de que, en la misma medida en que dominemos la literatura, en una u otra lengua, y nos empapemos de su espíritu, nosotros mismos nos convertiremos, en

mayor o menor medida, en dispensadores de beneficios parecidos a todos aquellos —sean estos muchos o pocos, pertenezcan a los estratos más distinguidos o a los más comunes de la sociedad— que están unidos con nosotros por vínculos sociales, y pertenecen a nuestra esfera de influencia personal» (p. 75). Se trata de un delicioso ensayo sobre la excelencia del quehacer literario que debería leerse como introducción de cualquier curso de literatura. Y por extensión, dada su idea, en cualquier introducción a la vida universitaria, a la inmersión en el cultivo del espíritu, que tiene en la palabra su expresión más acabada y personal.

Tras dos textos más dedicados a la contemplación de la formación literaria y las bases que todo estudiante debe tener para aprovechar la Universidad como formación, no como mera capacitación técnica, Newman aborda en un segundo bloque de artículos y ensayos (quinto, sexto, octavo y noveno) algunas cuestiones relacionadas con la esencia de la vida, la investigación y el quehacer universitarios: el racionalismo, el diálogo fe y razón y el trabajo intelectual.

Con toda claridad aparece el espíritu Newman en ellos. Al inicio del quinto, «un modelo actual de incredulidad», el cardenal dice que frente a un ambiente medieval, en el que el escepticismo se camuflaba con los ropajes de la teología, hoy se ha quitado la máscara. «No dudo en afirmar que prefiero vivir en una época en la que la lucha se desarrolla a la luz del día que no en la penumbra, y encuentro preferible que me clave la lanza el enemigo a que me apuñale el amigo» (p. 158). Así que con ese espíritu, nos lanzamos a entresacar algunas claves que, como se puede deducir, son claramente combativas. ¿Un ejemplo? «Una gran ventaja de las épocas en que el escepticismo se manifiesta abiertamente, es que también puede hacerlo la Fe. Si el error ataca a la Verdad, la Verdad puede atacar al error. En estos tiempos es posible fundar una universidad más enfáticamente Católica que en la Edad Media, porque la Verdad se puede atrincherar con cuidado, definir sus contenidos más estrictamente, desplegar sus banderas de forma inequívoca, movida por ese mismo rechazo de la fe que sin ambages se jacta de sí mismo» (p. 159).

Destaca el texto octavo, «Cristianismo e investigación científica» en el que señala cómo el campo del que se ocupa la Universidad no es la mera ciencia, sino la realidad. Una Universidad ha de tener lo que califica como una *inteligencia imperial*, que no se basa tanto en la simplificación, como en la discriminación: «su objetivo no es establecer un catálogo completo o una interpretación exhaustiva de las ramas del saber, sino un seguimiento, hasta donde es humanamente posible, de lo que en su plenitud es misterioso e insondable» (p. 233). Me parece una definición preciosa que debería animar todo el quehacer de cuantos nos acercamos a la Universidad. Y tras describir algunos de sus quehaceres, se atreve Newman a formular tres máximas con las que ha de proceder esta inteligencia imperial (que de hecho él aplica tal cual, por ejemplo, en la conferencia sobre «Cristianismo y Ciencias Físicas», p. 221): «si hay una máxima suprema en su filosofía, esa es que la verdad no puede ser contraria a la verdad; la segunda máxima será que a menudo la verdad *parece* ser contraria a la verdad; y la tercera será la conclusión práctica de que debemos tener paciencia con tales apariencias y no precipitarnos a afirmar que son muy alarmantes, cuando en realidad no lo son tanto» (p. 233).

Llegamos, finalmente, a las intervenciones que he agrado en un tercer bloque temático, la séptima y la décima, dedicadas al diálogo con las ciencias empíricas. De manera más concreta, podemos encontrar en ellas algunas de esas claves de «relectura» para la formulación de las preguntas radicales que pongan en relación a las ciencias y la Teología, a la razón y la fe, en

un diálogo más que fecundo. Es una de las tareas más urgentes hoy, a nuestro juicio. Porque todavía en tiempos de Newman había una cierta armonía o síntesis entre saberes, y entre estos la ética y la religión, propiciada aún por una cierta vivencia social y subjetiva de la misma, que hoy ya no se da. Y eso que en algún momento de sus intervenciones, recordamos que hace siglo y medio, dice claramente que ya no podemos considerar que Europa sea una sociedad cristiana.

En el último de los discursos contenidos en este volumen, dirigido a los estudiantes de Medicina una semana antes de presentar su dimisión como Rector de la Universidad Católica de Irlanda, el contexto que dio pie a todos los textos contenidos bajo el título general de *La Idea de la Universidad*. «Voy a exponer, en el menor número posible de palabras, lo que a mi modo de ver es el deber principal de la profesión médica hacia la Religión, y algunas de las dificultades que surgen en el cumplimiento de ese deber. (...) Toda profesión tiene sus peligros, toda verdad general sus falacias y todo ámbito de acción límites que se prestan a ser ampliados o alterados indebidamente» (p. 276). Como puede verse, Newman tiene claro aquí que el problema de una razón absolutista, en manos de un sujeto, de una Iglesia o del Estado, inmediateamente se vuelve contra la Verdad, y en consecuencia, contra el hombre. Sin duda la experiencia del anglicanismo es su ejemplo más cercano y vivido. Pero no es la única forma. En este caso habla de la relación con la ciencia médica.

No son más que algunas de las ideas que considero claves de estos textos de Newman. Es una propuesta de lectura. La ventaja es que al ser textos concebidos de forma independiente, pueden ser leídos y aprovechados de forma aislada, o en cualquier orden. ■

AGEJAS ESTEBAN, José Ángel

Universidad Francisco de Vitoria
Madrid (España)